

1. CARLA, 29, Y YOYO, 30: el matrimonio reciclado en compis de piso

Representan a la tan baqueteada generación X, o generación H, habría que decir: H de hipoteca. Se casaron demasiado jóvenes, y cuando llegó la hora del inevitable divorcio, tuvieron que asumir que su condición de mileuristas les obligaba a seguir viviendo bajo el mismo techo. Y así llevan ya unos añitos. Surrealista, sí, pero este país no les ofrece otra salida, y menos ahora, que con la dichosa crisis los dos se han quedado en la calle.

Por eso CARLA, mujer práctica, inteligente, con la cabeza en su sitio, está tan quemada, y acude cada día al INEM con una actitud entre escéptica y cínica. Feminista acérrima, más resultona que guapa, es lo que se dice una tía curtida, aunque cuando está con las defensas bajas puede mostrarse vulnerable y romanticona, cosa que ocurre de higos a brevas. Su fuerte carácter se traduce a veces en un pronto malísimo.

Nadie la conoce mejor que YOYO, un niño grande, cándido e inocentón, sin demasiadas inquietudes. Le vale con un currito cualquiera que le permita comprarse un pisito cualquiera donde formar un hogar con alguna mujer que no le de la murga por echar horas y horas delante de la play. No cuesta nada imaginárselo hecho un calzonazos en manos de CARLA, cuando eran marido y mujer. Es el prototipo del españolete medio: la cosa está chungueta, sí, pero con unas cañejas y un Madrid-Barça todo se cura.

A pesar de las puyas que ella le lanza, entre ellos hay cariño, complicidad y buen rollo. Él es el único que puede calmarla cuando a CARLA le da una de sus neuras; ella saca las uñas cuando alguien trata de aprovecharse del Peter Pan buenazo y soñador que es YOYO.

2. OSVALDO, 33 años: el verno que nadie quisiera tener

Se le puede definir con un solo adjetivo: argentino. Porteño de pura cepa, el muchacho es un catálogo andante de todos los clichés asociados a tan peculiar idiosincrasia: carismático, simpático y encantador al tiempo que vago, mujeriego y fantasmón. La crisis le ha venido de perlas, pues, al dispararse el desempleo, ya no corre el riesgo de encontrar el trabajo que jamás tuvo intención de buscar. Con su aire de rockero trasnochado, se deja caer por la

oficina del INEM “armado” con su guitarra para cortejar a cuanta titi se le cruce y pasar la gorrilla (así le saca unos eurillos a “estos gallegos tan boludos”). A pesar de que todo quisqui se tapa los oídos cuando canta, su ego desmedido le protege de la crítica: él se ve como un músico genial e incomprendido, cuando no es más que un jeta y un viva la vida.

3. DOÑA MILAGROS, 69 años: la vieja bruja

Bajo su fachada de ancianita encantadora se esconde en realidad un ser absolutamente amoral y con menos escrúpulos que un botijo. Astuta, oportunista y maquiavélica, posee un don natural para el trapicheo. Viene a ser la viva imagen de la picaresca nacional, por lo que casi siempre se las apaña para sacar tajada de la crisis, eso sí, a costa de la sufrida española (representada por sus compañeros de penurias). Si las malas artes no sirven a sus fines, utiliza sus achaques (la mayoría fingidos) para inspirar lástima y salirse con la suya. En una palabra, la tía se las sabe todas. Con los hijos ya crecidos, en casa se aburre como una ostra, por lo que se acerca al INEM para cotillear, meter cizaña y montarse sus chanchullos. Temible.

4. PASCUAL, 50 años: el constructor arruinado

He aquí el nuevo rico por antonomasia, símbolo de la cultura del pelotazo. Cateto, soez, chabacano, putero, tragaldabas, borracho, escandaloso, facha, retrógrado, hortera, cutre y corrupto como él solo. Una joyita, el nota. Acostumbrado a despilfarrar y a vivir por encima de sus posibilidades, sigue presumiendo de billete a pesar de sobrevivir malamente en la parte de atrás de su furgoneta (su ex lo está esquilmando en el proceso de divorcio). La única reminiscencia del pasado esplendor la constituyen los anillos y las medallas de oro que luce con orgullo en su “pecho lobo”. Lejos de buscar un trabajo honesto, su presencia en nuestra oficina se justifica porque está a la caza de una subvención para montar otra burbuja inmobiliaria. En su descarga digamos que también es guasón, generoso y apasionado, y siempre dispuesto a correrse (y financiar) una buena juerga con quien sea.

5. FLOR, 25 añitos: la buenorra zen

Sí, es el innegociable pibón, la tía maciza sin la que esta serie no sería lo que es. La naturaleza, sabia en el reparto de talentos, la dotó de un cuerpo de escándalo y un cerebro más bien lentito, aunque muy espiritual, oye: lo suyo es el yoga, el shiatsu, el taichí, los chacras y todo lo que desprenda cierto tufillo oriental. El problema es que en este país tan escaso de misticismo no le sale otra cosa más que moscones dispuestos a seguirle el rollo con tal de cepillársela. Ella, obligada por las circunstancias, hace algún que otro striptease en el INEM y enseña carnaza para poder llegar a fin de mes. A pesar de no ser ninguna lumbrera, a veces tiene sus destellos, y en ciertos momentos, desde su simplicidad, suelta alguna perla de sorprendente profundidad que deja a todos boquiabiertos. En cualquier caso, siempre es un placer verla pasear su look ibicenco por los pasillos de nuestra oficina.

6. SANTILLANA, 35 años: el empollón desubicado

Después de toda una vida de estudiante modélico, con dos carreras tres posgrados, cuatro másters, cinco idiomas (y así sucesivamente), este pobre diablo acaba de llegar al mercado laboral en busca de su primer puesto de trabajo. El problema es que comprobar que todo lo que sabe no sirve de nada en el mundo real lo ha dejado en estado de shock. Pasan las semanas y no le sale ni un currito medianamente digno, lo que lo tiene entre frustrado, resignado y al borde del ataque de pánico. Y es que SANTILLANA es un friki aprensivo, histérico e inseguro que se ahoga en un vaso de agua. Todo ello lo convierte en presa fácil para los tiburones que le rodean (OSVALDO, MILAGROS, PASCUAL), que han instituido el “leña al calculín” como pasatiempos oficial. Ah, como no podía ser de otra manera, todavía vive con su mamá, y cuando una chica atractiva le habla se pone rojo como la grana.

7. EL SEBAS, 20 años: toda una diva

Este puberto guaperas y modernete puede ser un auténtico grano en el culo. Consentido e ignorante, cree sin embargo ser más listo que el hambre. En el fondo no es sino un niño bien cuyas infames notas le han valido un peculiar castigo por parte de papi: “no quieres estudiar, pues trabaja”. Lo que pasa es

que echar la mañana rodeado de proletarios es para él como ir de excursión al zoo. Además, no está dispuesto a aceptar ningún currele que le suponga ensuciarse demasiado. Cremas, ropa y nenas son los centros gravitatorios de su existencia. Su uniforme: pantalón caído, “zapas” chillonas, gorritas fashion... Sus adicciones: el móvil y peinarse el flequillo. Su dialecto: una jerga entre pija y callejera. Pero el muchacho tampoco es tonto, y no se dejará tomar el pelo fácilmente, pues, al padecer un síndrome tardío de edad del pavo, también es respondón, rebelde, caprichoso e insoportable por momentos.

8. TOÑI, 23 años: más chula que un guardia

¿Han visto alguna vez a uno de esos seguratas imposibles, más anchos que altos, y que más que inspirar respeto resultan cómicos? Pues así es ella. Pero no nos llevemos a error: el que ose reírse en su cara lo lamentará. Y es que la TOÑI es de barrio, barrio, y sabe cómo imponerse. Que los tiene bien puestos, vamos. Aunque cueste imaginársela en acción atajando de forma enérgica una situación conflictiva, es la única capaz de poner firme a nuestro heterogéneo grupo de personajes cuando arma más jaleo de la cuenta. Ah, por cierto, lleva un rubio de bote que ni la Belén Esteban y le van las tías.

9. EL SEÑOR CAMUÑAS, edad indefinida (¿entre 40 y 60?)

Por ahora digamos que este enigmático personaje quedará incorporado a la galería de personajes de VENTANILLA 13 al término del capítulo piloto. Ya le irán conociendo, ya...